

LA DEMOCRACIA SENTIMENTAL

MANUEL
ARIAS MALDONADO

LA DEMOCRACIA
SENTIMENTAL

POLÍTICA Y EMOCIONES
EN EL SIGLO XXI

PÁGINA INDÓMITA

© Manuel Arias Maldonado, 2016
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Ilustración de cubierta: Banksy
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: noviembre de 2016

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-944816-5-9
Depósito legal: C-1647-2016

Para mi abuela Victoria

Pienso, luego existo.
RENÉ DESCARTES, *Discurso del método*

Tenía los ojos ciegos detrás de esta cortina de lágrimas y de sal. No sentía más que los címbalos del sol sobre la frente e, indiscutiblemente, la refulgente lámina surgida del cuchillo, siempre delante de mí. La espada ardiente me roía las cejas y me penetraba en los ojos doloridos. Entonces todo vaciló. El mar cargó un soplo espeso y ardiente. Me pareció que el cielo se abría en toda su extensión para dejar que lloviera fuego. Todo mi ser se distendió y crispé la mano sobre el revólver.

ALBERT CAMUS, *El extranjero*

El hombre que abre la trampilla, que te parte el cuello, será un hombre desapasionado. Y ese desapasionamiento es la esencia misma de la justicia, porque una justicia hecha sin desapasionamiento corre siempre el riesgo de no ser justicia.

QUENTIN TARANTINO, *Los odiosos ocho*

¿Emociones? ¡Sea! ¿Dónde está escrito que la Ilustración deba ser desapasionada? En verdad, es todo lo contrario. La Ilustración solo podrá cumplir su tarea si obra con pasión.

JEAN AMÉRY, *Más allá de la culpa y la expiación*

ÍNDICE

PREFACIO	13
INTRODUCCIÓN. EL RETORNO DE LO REPRIMIDO	17
PRIMERA PARTE. RETRATO DEL SUJETO POSTSOBERANO	45
Preámbulo	47
1. El cerebro emocional	53
2. Patologías de la racionalidad	71
3. El imperio de los sentidos	81
4. Ideología y emoción	93
5. En la charca semántica	103
SEGUNDA PARTE. LOS EFECTOS POLÍTICOS DEL AFECTO	117
Preámbulo	119
6. La vida está en otra parte. Romanticismo y populismo	125
7. Afectos nacionales y razones democráticas	139
8. El resentimiento en la democracia	153

9. Sentimentalización digital y esfera pública	169
10. El espectador enfurecido. Del voyerismo al veto	185
11. Emociones capitalistas	197
TERCERA PARTE. ANTÍDOTOS DEMOCRÁTICOS	215
Preámbulo	217
12. Paternalismo libertario. ¿Libres a la fuerza?	223
13. Afectos positivos. En busca del bien mayor	241
14. Afectos negativos. Aceptando el mal menor	263
15. Deliberación democrática y afectos políticos	279
CUARTA PARTE. DEFENSA APASIONADA DE LA RAZÓN ESCÉPTICA	301
Preámbulo	303
16. La paradoja del sujeto postsoberano	307
17. Para reformular la autonomía individual	317
18. Democracia sentimental y sociedad abierta	327
19. Desprecio de la ilusión. Esperando al ironista melancólico	341
CONCLUSIÓN. ANTROPOLOGÍAS POLÍTICAS PARA EL PRÓXIMO MILENIO	355
NOTAS	365
BIBLIOGRAFÍA	403

PREFACIO

Todos los libros van adquiriendo, en el proceso de elaboración, sus deudas. Pero se trata de un sistema crediticio peculiar, pues las deudas así adquiridas solo pueden pagarse en especie. O sea, con un trabajo digno de quienes ofrecieron crédito, además de con el reconocimiento — ¡debido!— de sus personas. Sirvan estas breves líneas a tal fin, así como para aclarar el origen del libro que aquí se presenta y la procedencia de algunos de sus pasajes.

La democracia sentimental tiene su origen en el seminario que con el mismo título impartí en la Fundación Juan March de Madrid los días 7 y 8 de abril de 2015. Yo había explorado superficialmente el asunto en un ensayo publicado en la revista *Letras Libres*, pero la amable invitación de Javier Gomá, extendida por la mano segura de Lucía Franco, me animó a profundizar en él. Quede constancia de mi profundo agradecimiento, que debe incluir a los participantes en el seminario cerrado que siguió a la conferencia pública: Ignacio Peyró, José Andrés Rojo, Carmelo Moreno, Manuel Cruz, Gerardo López Sastre, Elena García Guitián, Manuel Fontán, Paloma de la Nuez, Carla Carmona y Rafael Vázquez. Todos ellos hicieron valiosos comentarios que he procurado tener presentes al ampliar mi investigación.

Dicho esto, el tema es tan vasto que sería presuntuoso insinuar que he leído todo lo que puede leerse en relación con

él; he procurado, sin embargo, conocer lo más relevante. Desde este punto de vista, el libro se sitúa a medio camino entre el ensayo dirigido al público culto —divulgación en sentido débil no es— y la investigación académica. El lector interesado hallará así las pistas que pueda necesitar para emprender en solitario un camino alternativo. A cambio, las notas son exclusivamente bibliográficas, de manera que quien prefiera dejarlas al margen durante la lectura podrá hacerlo sin mayor pérdida.

Bibliografía y notas al pie: signos históricos de una cultura libresca que puede verse tentada a ignorar la revolución digital que ha puesto patas arriba la formación y la transmisión de las ideas. Se trata de una tentación comprensible, que debe ser evitada. Este libro lo ha logrado a su manera, convirtiéndose en el destilado final —o provisional, según se mire— de una meditación que ha encontrado en el espacio digital un inmejorable laboratorio de pruebas. No son pocos los fragmentos de la obra que proceden de publicaciones *online*, la mayoría contenidas en ese taller epistemológico en que se ha convertido *Torre de marfil*, el blog que publico semanalmente en *Revista de Libros*. A ello pueden añadirse colaboraciones habituales en medios como *The Objective*, la ya mencionada *Letras Libres*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Lettre International* o el semanario *Ahora*. No está claro que siga teniendo sentido escribir libros en la era de las redes sociales, cuando la influencia pública parece ejercerse por otros medios, pero no deja de ser un consuelo comprobar que es posible hacerlo manteniendo una relación fructífera con el universo digital.

Aunque tal vez sería más exacto hablar de una relación triangular que incorpora el trabajo puramente académico, dada la imposibilidad de separar en compartimentos estancos esos distintos quehaceres intelectuales. Prueba de ello es la procedencia, completa o parcial, de algunas secciones de este libro. El capítulo dedicado al paternalismo libertario fue presentado, con vistas ya a su incardinación en este volumen, en

el Seminario de Investigadores García Pelayo del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, en mayo de 2016. Agradezco a Cecilia Güemes, organizadora del curso y ocupada en estos mismos temas, su hospitalidad y entusiasmo. También en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales se desarrollaron dos seminarios en los que tomé parte con provecho: uno, «Teoría Política y Crisis», donde presenté un *paper* que se ocupaba del romanticismo político en términos similares a los presentados aquí; otro, «Emoción, igualdad, diversidad», donde realicé una primera síntesis de muchos de los argumentos sostenidos en este libro. La hospitalidad de su director, Benigno Pendás, y de su subdirectora de Estudios e Investigación, la impar Isabel Wences, no tiene precio. Por último, la relación entre sentimentalización de la esfera pública y nuevas tecnologías de la información ha sido desarrollada, ampliando los contenidos incluidos aquí, en «La digitalización de la conversación pública», artículo publicado en el número 173 de la *Revista de Estudios Políticos*, de julio/septiembre de 2016.

Quisiera también dar las gracias a algunas de las personas que han mejorado la obra a través de su influencia intelectual, su afectuosa compañía o su santa paciencia; a veces, incluso, mediante las tres cosas a la vez. Esto incluye a Sebastián Escámez, Ángel Valencia y Rafael Durán, colegas del Departamento de Ciencia Política de la Universidad de Málaga; a Salomón Castiel y Virginia Quero, quienes hacen posible el Aula de Pensamiento Político que dirijo en La Térmica, centro cultural malagueño que opera *de facto* como un seminario de ideas permanente y bienhumorado; a Álvaro Delgado-Gal y Luis Gago, sin quienes no existirían mi blog ni sus productos; a Daniel Gascón y Ramón González Ferriz, amigos admirables y generosos editores; a José Antonio Montano, Juan Francisco Ferré, Manuel Toscano, Manuel Alberca, Bosco Esteruelas, Vicente Fernández y Óscar Martínez-Tapia, todos ellos interlocutores habituales en las provincias del saber; a Jorge del Palacio, Juan Claudio de Ramón,

Daniel Capó, Félix Ovejero y Josu de Miguel, con quienes comparto a menudo por medios virtuales o en el transcurso de desvirtualizaciones ocasionales; a las tribus de Twitter y Facebook, fuente por igual de distracciones y satisfacciones. Debo a mi editor, Roberto Ramos, el convincente empeño por publicarme y una intachable profesionalidad que impide a este libro ser peor de lo que es. A Adriana, estos años, los sentimientos que hacen sentarse a escribir. Por lo demás, mi familia y mis amigos más cercanos no necesitan de un especial reconocimiento: ellos saben quiénes son y yo no me permito olvidarlo.

MANUEL ARIAS MALDONADO
Málaga, 5 de septiembre de 2016

INTRODUCCIÓN
EL RETORNO DE LO REPRIMIDO

No es frecuente que la realidad esté a la altura de las teorías que tratan de explicarla, pero eso es justamente lo que sucedió en Rostock, ciudad báltica del norte de Alemania, en julio de 2015. Allí, en el marco de un encuentro organizado por el gobierno alemán, la canciller Angela Merkel hubo de responder a una niña palestina de 14 años que había llegado cuatro meses antes a Alemania procedente de un campo de refugiados del Líbano y lamentaba, en perfecto alemán, la tardanza con que se resolvía la solicitud de asilo presentada por sus padres. Tras reconocer que una dilación así es inaceptable, Merkel aclaró que el Líbano no es un país en guerra y que, por desgracia, resulta imposible aceptar a todos los solicitantes que llaman a las puertas de Alemania. Al oír eso, la chica rompió a llorar de forma desconsolada. La canciller se aproximó entonces para acariciarla con cierta torpeza y, después de ser interpe-lada por el moderador, dijo que entendía perfectamente la du-reza de la situación. De manera inmediata, en medios de co-municación y redes sociales, Merkel fue criticada por su falta de empatía. Sin embargo, la estudiante palestina declaró que le había bastado ser escuchada y recibir una respuesta razo-nada de la canciller. Sus lágrimas, en otras palabras, le habían sobrevenido.

Pocas veces una escena ha representado de manera tan gráfica el conflicto entre razón y emoción. O sea, entre la

frialdad estatal y el sentimentalismo ciudadano, entre la razón burocrática y el corazón civil, entre las palabras del poder y las lágrimas del desposeído. Al menos, en apariencia, porque Merkel no dejó de acercarse para acariciar a la niña, ni la niña de presentar sus argumentos de manera ordenada, reponiéndose pasado un rato de la emoción experimentada. Del mismo modo, la solicitud de sus padres estaba siendo tramitada por un Estado que aplica desapasionadamente políticas públicas compasivas de distinta índole. Más aún, la inmovible Merkel de Rostock es la misma que unos meses más tarde enarboló en Berlín la cultura de la bienvenida ante la oleada migratoria procedente de Oriente Próximo, una oleada recibida en cambio con indiferencia por sus colegas europeos y con recelo en buena parte de la ciudadanía. Se diría que la razón tiene razones que el corazón no entiende. Y así como las palabras de Merkel habían provocado las lágrimas de la joven palestina, las imágenes de miles de refugiados vagando por los campos europeos provocaron rápidamente el desasosiego de buena parte de la opinión pública: una impresión sensible cuyas consecuencias, en forma de ascenso electoral de los partidos de extrema derecha en casi todo el continente, no se hicieron esperar.

Asistimos así a la reaparición de viejos fantasmas políticos: toda una compañía recorre el continente. Son fantasmas en sentido estricto, viejos conocidos en trance de reaparición espectral: el nacionalismo, la xenofobia, el populismo. Suiza votó en referéndum limitar la entrada de trabajadores comunitarios, el Reino Unido votó abandonar la Unión Europea, el nacionalismo secesionista ha cobrado fuerza y los partidos populistas han crecido —a izquierda y derecha— en todo el continente. Sin olvidar, al otro lado del Atlántico, la nominación de una estrella de los *reality shows* televisivos como candidato a la presidencia del Partido Republicano. Son fenómenos que apuntan en una misma dirección: hacia un movimiento de introversión agresiva dominado por las emociones antes que por la razón. O, al menos, guiado por razones

que parecen poco razonables en el marco de una conversación pública donde nadie escucha a nadie. Incluso las reivindicaciones más extrovertidas —del 15M al movimiento Cinco Estrellas de Beppe Grillo, pasando por el Tea Party norteamericano— se inclinan hacia un cierto irracionalismo, cuyo rasgo más característico es la búsqueda de un chivo expiatorio: los banqueros, la casta, los ricos, el gobierno. Abreviando, el *establishment* contra el que dice levantarse el insurreccionismo antipolítico a cuya turbia primavera estamos asistiendo. El resultado es una amalgama de pasiones e hipérbolos que se parece bien poco a la esfera pública sosegada que soñaron los ilustrados como fundamento para nuestras democracias representativas.

De hecho, no es casual que esa misma representación esté siendo sometida a una erosión que amenaza con disminuir seriamente su eficacia institucional. Es cierto que la crisis de la mediación puede explicarse como un efecto de cambios sociales de largo alcance, desde la fragmentación multicultural de nuestras sociedades al debilitamiento de los partidos tradicionales, pasando por una digitalización que nos induce a creer que podemos hacerlo todo nosotros mismos directamente. Pero también es cierto que la sentimentalización de la conversación pública y la creciente fuerza de los afectos en la movilización social contribuyen decisivamente a provocar esa crisis. Y aunque se elogia la repolitización de la ciudadanía, cuya expresión más sintomática sería el activista no electo que se arroja la representación de otros ciudadanos, convendría recordar que ese renovado interés por la cosa pública no es garantía de coherencia democrática. ¡También se acude con ilusión a una ejecución pública! Si bien se mira, es sorprendente que a estas alturas de la historia de la especie todavía podamos experimentar pasiones políticas tan arrebatadas como las que se manifiestan en los mítines de un Obama o un Trump. Es tal el entusiasmo, la fe allí exhibida, que la hipótesis de que asistimos a un reverdecimiento de las religiones políticas no puede descartarse fácilmente. Vendrán tiempos mejores, pero

estos años nos han recordado que hay fenómenos sociales para cuya toxicidad no se ha encontrado aún remedio.

Si entramos en el terreno de las explicaciones, la tentación del analista es clara: culpar a la crisis. Esta parece servir para dar cuenta de todo aquello que ha sucedido desde su comienzo; bien sea como causa directa o como detonante de fenómenos más amplios, que habían permanecido ocultos bajo la superficie durante la fase de expansión económica precedente. Sin duda, mucho hay de esto. La clase media sufre para mantener su estatus, y los trabajadores se ven penalizados por los efectos combinados de la globalización y la digitalización, mientras el asistencialismo estatal se debilita: se produce un colapso de la confianza social. Lo ha expresado certeramente José Luis Villacañas:

En estos tiempos, que testimonian los límites de la capacidad humana de control sobre el futuro, los estados de ánimo pierden la serenidad y poderosos afectos emergen hasta la epidermis de las formaciones sociales. Es como si esos estados de ánimo escaparan a sus portadores y constituyeran atmósferas objetivas de inseguridad, de riesgo, de miedo.¹

La indignación, impermeable al señalamiento de las causas o la discusión de las soluciones, encuentra justificación en sí misma: una negatividad que algunos saludan como fuerza creativa por su capacidad para la disrupción del orden vigente. En *Network*, película de Sidney Lumet con guion de Paddy Chayefsky, un famoso presentador de informativos se hace aún más famoso en toda Norteamérica durante la crisis del petróleo de los años setenta tras gritar en pleno noticiario: «*I am awfully mad and I am not going to take it anymore*». Y aclara que su enfado se debe a la economía, el paro, el terrorismo. Preguntado por las alternativas, el mesías catódico es sincero: «No sé cómo resolver todos esos problemas, pero no puedo más y estoy lleno de cólera». He ahí una emoción política habitual en periodos turbulentos.